

Hablemos de Yohana Ponce Castillo

Universidad Nacional Experimental Simón
Rodríguez (UNESR)
Caracas, Venezuela.



Yohana de Barlovento, hija de la tierra y del cacao, investigadora y educadora venezolana. Ponce es Ingeniera Agrónoma y Doctorante en Ecología del Desarrollo Humano por la Universidad Nacional Experimental "Simón Rodríguez" (UNESR), Programa Universitario de Estudios Abiertos, Comunidad "Luis Almirante Brión". Cuenta con más de quince años de experiencia en agroecología y agricultura familiar sustentable en la región de Barlovento, estado Miranda. Se desempeña como docente e investigadora en la Universidad Politécnica Territorial de Barlovento "Argelia Laya" (UPTBAL), donde ha desarrollado enfoques pedagógicos integradores de saberes ancestrales y conocimiento científico.

Como citar Este artículo

Ponce, Y, (2024). Agrocultura e impacto social. Una Visión Etnográfica Emergente. Revista Transformar. (1) p. 134-145.

Agrocultura e impacto social. Una Visión Etnográfica Emergente

Autora: Yohana Yoselyn Ponce Castillo 

Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez (UNESR)
Caracas, Venezuela.

Resumen

El presente artículo recoge la experiencia etnográfica vivida en el Municipio Brión, estado Miranda, Venezuela, donde he tenido el privilegio de caminar junto a agricultores familiares que sostienen con sus manos y sus saberes una cultura agrícola ancestral. A través de un enfoque sentipensante, comparto las vivencias recogidas durante más de quince años de trabajo en la región de Barlovento, documentando cómo las prácticas agroculturales de comunidades como Curiepe, Tapipa, Birongo y Capaya generan un impacto social que trasciende la producción de alimentos. La investigación revela que la agrocultura en Brión no puede comprenderse sin atender a sus dimensiones espirituales, culturales y comunitarias, pues la relación con la tierra es, ante todo, una relación con la memoria y la identidad. Los hallazgos evidencian que los rituales de siembra, las jornadas colectivas de cosecha y los sistemas de intercambio de semillas constituyen espacios de cohesión social y transmisión intergeneracional de conocimientos. Concluyo que la etnografía emergente, como método de acercamiento respetuoso a estas realidades, permite visibilizar saberes históricamente invisibilizados por el paradigma agroindustrial dominante.

Palabras claves: agrocultura, impacto social, etnografía emergente, saberes ancestrales, Barlovento, Brión.

Recibido:15-04-24

Aceptado: 20-04-24

Publicado: 06-05-24



Agroculture and social impact. An Emerging Ethnographic Vision

Author: Yohana Yoselyn Ponce Castillo 

Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez (UNESR)
Caracas, Venezuela.

Summary

This article presents the ethnographic experience of the Brión Municipality in Miranda State, Venezuela, where I had the privilege of walking alongside family farmers who sustain an ancestral agricultural culture with their hands and their knowledge. Through a holistic approach, I share the experiences gathered during more than fifteen years of work in the Barlovento region, documenting how the agro-cultural practices of communities such as Curiepe, Tapipa, Birongo, and Capaya generate a social impact that transcends food production. The research reveals that agriculture in Brión cannot be understood without considering its spiritual, cultural, and communal dimensions, since the relationship with the land is, above all, a relationship with memory and identity. The findings demonstrate that planting rituals, collective harvest days, and seed exchange systems constitute spaces of social cohesion and intergenerational transmission of knowledge. I conclude that emergent ethnography, as a respectful approach to these realities, allows us to make visible knowledge historically rendered invisible by the dominant agro-industrial paradigm. **Keywords:** agriculture, social impact, emergent ethnography, ancestral knowledge, Barlovento, Brión.

Received: 15-04-24

Accepted: 20-04-24

Published 06-05-24



Introducción

En el corazón de Barlovento, región que me vio crecer y que llevo grabada en la piel y en la memoria, el Municipio Brión se levanta como un territorio donde la tierra no es solo recurso productivo sino un ser vivo con el que dialogamos cada mañana. Esta tierra, que ha sostenido generaciones de familias afrovenezolanas dedicadas al cultivo del cacao, la yuca, el ñame y los frutales, guarda en sus entrañas una riqueza que no se mide en toneladas cosechadas sino en historias compartidas, en manos que se encuentran durante la faena, en cantos que acompañan la siembra y en rezos que bendicen la cosecha.

He querido escribir este artículo desde un lugar que no es el del observador distante ni el del investigador que llega con sus categorías preconcebidas a clasificar lo que encuentra. Escribo desde adentro, desde mi condición de hija de esta tierra y al mismo tiempo de profesional formada en la agronomía y la agroecología, que regresó a sus raíces para comprender lo que su abuela Juana ya sabía sin necesidad de teorías. Toledo (2002) ha señalado que los sistemas de conocimiento tradicional incorporan una comprensión holística de las interacciones ecológicas que la ciencia convencional apenas comienza a valorar, y esa comprensión es justamente la que encontré viva y palpitante en cada conuco de Brión.

El concepto de agrocultura, que utilizo deliberadamente en lugar de agricultura, busca poner de relieve esa dimensión cultural inseparable de la práctica agrícola. No se trata solamente de sembrar y cosechar, sino de cultivar sentidos, relaciones y memorias. Como señala Escobar (2018), las comunidades rurales latinoamericanas habitan ontologías relacionales donde lo humano, lo natural y lo espiritual se entrelazan de maneras que el



pensamiento moderno occidental ha tendido a fragmentar. En Brión, esa fragmentación no ha logrado imponerse del todo, y por eso la agrocultura sigue siendo un acto de resistencia cultural.

La etnografía emergente, por su parte, designa aquí un modo de investigar que no se limita a aplicar técnicas de recolección de datos, sino que se deja transformar por aquello que investiga. Siguiendo a Fals Borda (1999), entiendo que la investigación en contextos rurales debe ser un proceso de co-creación de conocimiento donde los agricultores no son informantes sino interlocutores legítimos. Desde esa convicción, las páginas que siguen son el resultado de un caminar compartido con hombres y mujeres que me enseñaron que la tierra tiene mucho que decirnos si aprendemos a escucharla.

Motivaciones

La chispa que encendió este camino no fue un libro ni un seminario académico, sino las manos callosas de mi abuela Juana trabajando la tierra en su conuco de Sotillo. De niña, la acompañaba a seleccionar semillas, a reconocer las plantas compañeras que se protegían mutuamente de las plagas, y a respetar cada ser vivo del ecosistema. Aquellas lecciones, que parecían simples juegos de infancia, contenían principios agroecológicos profundos que solo años después, durante mi formación como ingeniera agrónoma, pude nombrar con las categorías de la ciencia. Sin embargo, al nombrarlos sentí que algo se perdía en la traducción, porque el saber de mi abuela no era solo conocimiento técnico sino una forma de habitar el mundo.



Mi participación en el Programa Todas las Manos a la Siembra entre 2010 y 2022 me permitió recorrer decenas de fincas familiares en el Municipio Brión y dialogar con agricultores que conservaban prácticas tradicionales de manejo de cultivos, control biológico de plagas y conservación de semillas criollas. En cada visita, algo me interpelaba profundamente. Escuchaba a Don José, un agricultor de 72 años de Tapipa, explicarme cómo predice la llegada de las lluvias observando el comportamiento de ciertas hormigas, y mi formación científica me empujaba al escepticismo. Pero al comparar sus predicciones con los datos meteorológicos durante varias temporadas, quedé asombrada por su precisión. Berkes (1999) denomina a este tipo de saber conocimiento ecológico tradicional, y su validez está siendo reconocida cada vez más por la comunidad científica internacional.

Pero lo que más me motivó a escribir este artículo fue la constatación de que esos saberes están en riesgo. En mis conversaciones con agricultores jóvenes noté una tendencia preocupante a descartarlos como supersticiones o cosas de viejos. Esa desvalorización no solo representa una pérdida cultural sino también una pérdida de herramientas valiosas para la gestión sostenible de los agroecosistemas locales. Sentí entonces la urgencia de sistematizar y compartir lo que estaba presenciando, no como un ejercicio académico desconectado de la realidad sino como un acto de responsabilidad con la memoria de mi tierra.

Teorías de apoyo

El sustento teórico de esta experiencia se teje con hilos provenientes de diversas tradiciones de pensamiento crítico latinoamericano y de la agroecología como ciencia transdisciplinaria. En primer lugar, la noción de diálogo de saberes propuesta por Enrique Leff (2004) resulta fundamental



para comprender cómo el conocimiento agroecológico se construye en la intersección entre la ciencia formal, los saberes ancestrales y las innovaciones locales. Leff plantea que la racionalidad ambiental no puede construirse desde un solo paradigma epistemológico sino que requiere la confluencia de múltiples formas de saber, lo cual resuena profundamente con lo que he vivido en Brión, donde las mejores soluciones agrícolas han surgido del encuentro entre el conocimiento científico y la sabiduría campesina.

Boaventura de Sousa Santos (2010) lleva esta reflexión más lejos con su propuesta de ecología de saberes, que reconoce la diversidad epistemológica del mundo y cuestiona la pretensión de universalidad del conocimiento científico occidental. En el contexto de Brión, con su rica herencia afrovenezolana, esta perspectiva es particularmente pertinente porque permite valorar los rituales de siembra, las prácticas de observación climática basadas en indicadores biológicos y los sistemas comunitarios de intercambio de semillas no como folklore sino como expresiones legítimas de una racionalidad agroecológica ancestral.

Desde la agroecología política, Sevilla Guzmán (2006) y Rosset y Altieri (2017) aportan herramientas para comprender que las prácticas agrícolas no operan en un vacío político sino que están atravesadas por relaciones de poder que favorecen ciertos modelos productivos sobre otros. El concepto de territorios en disputa, planteado por estos últimos autores, describe con precisión lo que he observado en Brión, donde la agricultura familiar agroecológica compite permanentemente por recursos, legitimidad y apoyo político frente al modelo agroindustrial. La etnografía, en este marco,



no es un método neutral de recolección de datos sino una herramienta de visibilización de realidades que el poder hegemónico tiende a invisibilizar.

Complemento estos enfoques con la perspectiva de la investigación acción participativa de Orlando Fals Borda (1999), que concibe la investigación social no como una actividad extractiva de información sino como un proceso comprometido con la transformación de las realidades que estudia. La pedagogía liberadora de Paulo Freire (1973) también ilumina mi práctica investigativa, en tanto me recuerda que la educación y la producción de conocimiento deben ser procesos de concientización donde los sujetos históricamente silenciados encuentren su propia voz. Estas coordenadas teóricas me han permitido transitar la experiencia etnográfica en Brión no como una observadora externa sino como una participante comprometida con la dignidad de los saberes que encontré.

Aportes

El primer aporte que deseo destacar de esta experiencia es la documentación de prácticas agroculturales que constituyen verdaderos sistemas de innovación social generados desde las comunidades. En la comunidad de Curiepe, Doña Carmen, una agricultora de 65 años, mantiene un jardín doméstico que alberga más de treinta variedades de cultivos alimenticios y medicinales. Cada planta tiene una historia, me dijo durante una de nuestras conversaciones, y es mi responsabilidad asegurarme de que estas historias no se pierdan. Ese jardín no es solo un reservorio de agrobiodiversidad sino un archivo vivo de memoria cultural, y el compromiso de Doña Carmen con su preservación constituye una forma de resistencia epistemológica frente a la homogeneización que impone el modelo agroindustrial.



Un segundo aporte tiene que ver con la evidencia de que los rituales y prácticas espirituales asociados a la agricultura en Brión no son reliquias del pasado sino elementos funcionales del sistema agroecológico. En la comunidad de Tacarigua, tuve el privilegio de participar en un ritual de siembra liderado por Don José, un respetado agricultor y líder espiritual. Antes de plantar las primeras semillas de la temporada, realizó una ceremonia en la que invocó la protección de los ancestros y pidió permiso a la tierra para cultivarla. Lejos de ser una mera superstición, este ritual expresa una relación de reciprocidad con la naturaleza que es profundamente agroecológica en su esencia, pues parte del principio de que la tierra no nos pertenece sino que nosotros pertenecemos a ella.

En tercer lugar, esta experiencia aporta evidencia del papel central de las mujeres como guardianas de los conocimientos agroecológicos. El grupo Semillas de Esperanza, conformado por mujeres de Curiepe, ha liderado iniciativas de recuperación de variedades locales de cultivos y ha establecido un banco de semillas comunitario que ha aumentado significativamente la agrobiodiversidad local. En Birongo, un colectivo de mujeres productoras de cacao ha desarrollado un sistema de procesamiento artesanal que no solo genera ingresos adicionales para sus familias sino que también fortalece su posición en la toma de decisiones comunitarias. Estos ejemplos confirman lo que Siliprandi (2015) ha señalado sobre el papel crucial de las mujeres en la conservación de la diversidad agrícola y en la construcción de soberanía alimentaria.

Un cuarto aporte se refiere al potencial del diálogo intergeneracional como motor de innovación agroecológica. En un taller que organicé sobre manejo integrado de plagas en cacao, invité tanto a agricultores mayores



como a entomólogos de la universidad. Los agricultores compartieron sus observaciones sobre los ciclos de vida de las plagas y sus métodos tradicionales de control, mientras que los científicos aportaron información sobre la biología de los insectos y nuevas técnicas de monitoreo. El resultado fue un enfoque de manejo de plagas que combinaba lo mejor de ambos mundos, ecológicamente sostenible, culturalmente apropiado y científicamente sólido. Este tipo de encuentros demuestra que la agroecología no se enseña sino que se aprende en el campo, con los agricultores, como bien afirma Altieri (2018).

Finalmente, esta experiencia aporta la constatación de que las jornadas colectivas de trabajo agrícola, como la cosecha de cacao en Birongo, funcionan como espacios de cohesión social que fortalecen el tejido comunitario. El sistema de mano vuelta, practicado en varias comunidades de Brión, donde las familias intercambian jornadas de trabajo sin mediación monetaria, no solo resuelve limitaciones de mano de obra sino que refuerza lazos de solidaridad y promueve la transmisión de conocimientos entre generaciones. Estas prácticas encarnan los principios de la economía solidaria que Coraggio (2011) ha teorizado, y demuestran que la agrocultura genera un impacto social que va mucho más allá de lo estrictamente productivo.

Reflexiones concluyentes

Al mirar en retrospectiva el camino recorrido en esta experiencia etnográfica, siento que cada conversación, cada ritual presenciado, cada jornada compartida en los conucos de Brión ha dejado en mí una huella que no se borra. He aprendido que la agrocultura, entendida como el entretejido inseparable entre lo agrícola y lo cultural, constituye una forma



de resistencia cotidiana frente a un modelo de desarrollo que ha pretendido reducir la tierra a mero factor de producción y a los agricultores a simples operarios de un sistema que les es ajeno.

La etnografía emergente, como enfoque metodológico, me ha permitido acercarme a estas realidades con una disposición de escucha y aprendizaje que la investigación convencional difícilmente permite. Al sumergirme en la cotidianidad de las comunidades, al participar en sus faenas y sus celebraciones, al sentarme a conversar bajo la sombra de un cacaotero centenario, pude acceder a capas de significado que ningún cuestionario estructurado habría podido revelar. Comprendí que el impacto social de la agrocultura en Brión se manifiesta en dimensiones que escapan a los indicadores convencionales de desarrollo, pues tiene que ver con la dignidad, con el sentido de pertenencia, con la posibilidad de nombrar el mundo desde las propias categorías y no desde las categorías impuestas por otros.

Sin embargo, también debo ser honesta sobre los desafíos que observé. La erosión de los conocimientos tradicionales avanza con cada joven que migra a la ciudad en busca de oportunidades que el campo no le ofrece. La presión del mercado empuja a muchos agricultores a abandonar la diversificación de cultivos en favor de monocultivos más rentables a corto plazo pero devastadores para los suelos y la biodiversidad. Las políticas públicas, cuando existen, a menudo desconocen las realidades locales y aplican recetas estandarizadas que generan más frustración que soluciones. El cambio climático altera los ciclos que los agricultores mayores podían predecir con asombrosa precisión, generando incertidumbre y vulnerabilidad.



Frente a estos desafíos, la experiencia de Brión me deja una convicción profunda. La agroecología, cuando se enraíza en el territorio y se nutre del diálogo de saberes, tiene el potencial de generar transformaciones que trascienden lo agrícola para tocar las fibras más profundas de la vida comunitaria. Los agricultores y agricultoras que conocí no solo están produciendo alimentos, están produciendo sentido, están tejiendo comunidad, están cuidando la vida en todas sus formas. Y esa producción de sentido, invisible para las estadísticas oficiales, es quizás el impacto social más profundo y duradero de la agrocultura en esta tierra de Barlovento.

Cierro estas reflexiones con la certeza de que este artículo no es un punto final sino una invitación al encuentro. Invito a otros investigadores, a otros educadores, a otros soñadores de mundos posibles, a caminar por los senderos de Brión con los ojos abiertos y el corazón dispuesto. Porque en los conucos de esta tierra, entre semillas criollas y cantos ancestrales, germinan las respuestas a algunos de los desafíos más apremiantes de nuestro tiempo.

Referencias

- Altieri, M. A. (2018). Agroecología: principios y estrategias para diseñar sistemas agrarios sustentables. En M. A. Altieri (Ed.), *Agroecología: bases científicas para una agricultura sustentable* (pp. 13-44). Universidad de California.
- Berkes, F. (1999). *Sacred ecology: Traditional ecological knowledge and resource management*. Taylor & Francis.
- Coraggio, J. L. (2011). *Economía social y solidaria: El trabajo antes que el capital*. Abya-Yala.



- Escobar, A. (2018). Designs for the pluriverse: Radical interdependence, autonomy, and the making of worlds. Duke University Press.
- Fals Borda, O. (1999). Orígenes universales y retos actuales de la IAP (Investigación Acción Participativa). *Análisis Político*, 38, 71-88.
- Freire, P. (1973). Extensión o comunicación: La concientización en el medio rural. Siglo XXI Editores.
- Leff, E. (2004). Racionalidad ambiental: La reapropiación social de la naturaleza. Siglo XXI Editores.
- Rosset, P. M. y Altieri, M. A. (2017). Agroecología: Ciencia y política. Fernwood Publishing.
- Santos, B. de S. (2010). Descolonizar el saber, reinventar el poder. Ediciones Trilce.
- Sevilla Guzmán, E. (2006). De la sociología rural a la agroecología. Icaria Editorial.
- Siliprandi, E. (2015). Mujeres y agroecología: Transformando el campo, las florestas y las personas. UFRJ.
- Toledo, V. M. (2002). Etnoecología: Una ciencia postnormal que estudia las sabidurías tradicionales. *Revista Ecosistemas*, 11(3).

